

cha sin hacerla fácil y dulce, porque antes la ha soportado Él mismo, y, por amor á nosotros, quiso ser abandonado de Dios.

Por otra parte, numerosos son los caballeros que nos han dado ejemplos gloriosos. Nos faltaría tiempos si hubiésemos de describir la vida de todos los santos canonizados y no canonizados, si hubiésemos de hablar de todos los que, entusiasmados con el ejemplo heroico de su rey y jefe, «conquistaron reinos, taparon la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada, sanaron de grandes enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros. Estirados en el potro, llenos de escarnios y azotes, de cadenas y cárceles, apedreados, ahumados, puestos á prueba de todos modos, muertos á filo de espada, girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados, fugitivos por las soledades, por los montes, y recogiendo en las cuevas y en las cavernas de la tierra», ⁽¹⁾ dirigían sus ojos á Jesús, autor y consumidor de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado en la gloria, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia de este suplicio». ⁽²⁾ Esta mirada dióles valor para realizar acciones heroicas, con las cuales no podrían ser comparadas todas las acciones del mundo.

¡Arriba, pues, y valor! Dejamos sin envidia al mundo otro heroísmo más fácil. Pero en el heroísmo cristiano, el más difícil, el más desinteresado, el más conveniente de todos los heroísmos, no debemos dejar que nadie nos supere.

De aquí que el mundo ni siquiera intente disputar esta gloria á nuestros héroes.

La paciencia de los santos ⁽³⁾ y el triunfo de la cruz constituirán eternamente la victoria incontestable de nuestra fe sobre el mundo.

(1) Hebr., XI, 31 y sig.

(2) *Ibid.*, XII, 2.

(3) Apoc., XIII, 10; XIV, 12.

La gloriosa victoria del Cristianismo sólo fué conseguida tras un martirio sangriento, tras una lucha de trescientos años.

Millones de victorias no menos brillantes se han obtenido después, en guerras, sino sangrientas, no menos penosas.

El último triunfo del reino de Dios se cosechará en lucha más sangrienta y heroica, cuando se forme la nueva raza de héroes dignos de sostener los más grandes combates.

10. El amor á la cruz como fuente de heroísmo cristiano.—¡Quiera Dios enviar de nuevo su espíritu, y dar á nuestros corazones la fortaleza de nuestros antiguos cruzados! Ahora bien, sólo el amor de la cruz infunde los sentimientos heroicos de que estaban animados.

Si se deja sentir una necesidad, es ciertamente la de aprender á conocer la cruz y amarla.

El que considere más de cerca la marcha de los acontecimientos, no negará que los tiempos nos exhortan diariamente, y con más apremio cada día, á venderlo todo para adquirir este tesoro, esta llave del cielo, ⁽¹⁾ esta nota característica de los elegidos, ⁽²⁾ esta arma, la más fuerte de todas y la única prenda de la victoria en la última lucha.

¿Cuál es, pues, la verdadera razón por la que el heroísmo ha desaparecido por modo tan completo de nuestras filas? ¿Porqué este pequeño ejército de cristianos, antiguamente tan formidable, no es ya respetado por el mundo? ¿Porqué se ha hecho tan débil en la lucha? Porque hemos olvidado las palabras del Apóstol: «Para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo». ⁽³⁾ En otros términos, porque la cruz ha perdido de su fuerza en nuestros corazones, en nuestra vida y en nuestra fe.

Hemos olvidado á gloriarnos de la cruz de Jesucristo. ⁽⁴⁾ Nos avergonzaríamos si alguien dijese de nosotros que sólo conocemos á Jesucristo crucificado. ⁽⁵⁾

(1) (Albert. M.) *Comp. theol.*, 4, 21.

(2) Andreas Cæsar., *In Apocal.*, 7, 2 (Migne, 106, 277 c).

(3) I Cor., I, 17.

(4) Gal., VI, 14.

(5) I Cor., II, 2.

De aquí nuestra debilidad, nuestra cobardía; de aquí nuestras continuas derrotas.

Al huir de la cruz, al ocultarla, al renegar de ella, con la esperanza de hallar así gracia ante el espíritu del tiempo, hemos desertado de nuestra bandera, y, como tales, hemos perdido la protección del Salvador y la estimación del mundo. Hemos abandonado el secreto de nuestra fuerza y de nuestras victorias.

Aprendamos, pues, la sabiduría que, por desgracia nuestra, no hemos querido oír de lo alto de la cátedra de Jesucristo: la cruz. ⁽¹⁾

Tiempo es ya de que reflexionemos de nuevo en lo que éramos con la cruz, y en lo que somos sin la cruz, en lo que podemos ser sólo por la cruz.

La cruz es para el cristiano lo que era la circuncisión para el judío. ⁽²⁾ Sin cruz, no hay cristiano, como sin cruz, no hay Jesucristo. Sobre la cruz corrió la sangre del Salvador, fuente de nuestra fuerza y causa de nuestra vida. Á la cruz hemos de volver, si queremos encontrarnos, si queremos encontrar á Jesucristo y encontrar también la fuerza necesaria para triunfar de nuestros enemigos.

¡Cuántas veces hemos desconocido esta verdad! ¡Cuántas veces hemos querido huir de la cruz! Dios no lo ha permitido. Creímos que era demasiado severo, pero ahora vemos lo bienhechor que era al obrar así, al no permitirnos traicionar nuestra causa y que nos perdiésemos. «¡Cuántas veces, fatigado de luchar, hemos contemplado tristemente nuestra espada y pedido la paz!» ⁽³⁾

Pero las cosas no pueden continuar en este estado. No podemos dejar que se arrastre por el fango la bandera de Jesucristo.

En un porvenir próximo, quizás sobrevengan días penosos, en que tendremos necesidad de héroes. ¿De dónde vendrán? Del lugar en que antiguamente piadosos caballeros sacaban su valor, del pie de la cruz.

(1) Augustin., *Sermo* 234, 2: 215, 8.—(2) *Ibid.*, 160, 6.

(3) Eichendorff, *Ruhe in Gott*, G. W. (2) I, 593.

En la antigüedad, infundíase á los elefantes ardor en la pelea enseñándoles vino. ⁽¹⁾ Los héroes de los tiempos cristianos entusiasmábanse para realizar sus heroicas acciones, orando con corazón contrito, y teniendo siempre ante la vista la sangre de Aquél que se puso en prensa por nosotros: «¡Oh Jefe cubierto de sangre y de llagas! ¡Oh Jefe lleno de dolores y cubierto de ignominia! ¡Oh Jefe coronado de espinas! ¡Mil veces os saludo! Habéis sufrido por mí; habéis llevado la carga de mis pecados. Yo he cometido las faltas por las cuales Vos habéis sufrido. ¿Cómo podré yo indemnizaros de vuestro amor y de vuestra fidelidad? ¿Qué queréis que os ofrezca, en cambio, oh Salvador del mundo?» ⁽²⁾

Echemos, pues, también sobre nuestros hombros la cruz que ha dado á los verdaderos héroes un valor tan invencible, y muy pronto sentiremos que se apodera de nosotros otro espíritu. Á la simple vista de la cruz, el espíritu de libertad se fortifica, el espíritu de los hijos de Dios se engrandece. Al pie de la cruz desaparece la timidez, y aumenta el valor heroico. Y si logramos fijar la cruz en nuestro corazón, seremos inmediatamente nuevos cruzados que exclamarán con el valor de los antiguos caballeros: «¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!»

Mostrémonos, pues, dignos de nuestro Jefe, dignos de nuestros padres en la fe, dignos de nuestra vocación, y entonemos jovialmente este cántico guerrero:

«¡Dios, rico en gracia, desde lo alto del cielo lanzad una mirada sobre nosotros! Vos mismo nos habéis invitado á descender á este campo cerrado en que nos hallamos. ¡Sednos propicio, y dadnos la victoria! Desplegados están los cristianos estandartes; por Vos vamos á combatir; ¡Oh Señor, ayudadnos!» ⁽³⁾

(1) Macc., VI, 34.

(2) Gärtner, *Te Deum*, I. 250 y sig.

(3) Schenkendorf (*Bibliothek der deutschen Klassiker*, XVII, Hildburghausen, 1861, 461).